

Huellas navideñas

("Xmas Steps"; Mogwai. Extraído del EP "No Education, No Future (Fuck the Curfew)", 1998, Chemikal Underground Ltd.)

Jesús Rocamora Holgado

Hacía seis meses que el detective Roy Guthrie había llegado a la ciudad para investigar a Papi. El traslado respondía más a los intereses económicos de un tercero en la sombra que al loable fin de justicia que le habían enseñado en la academia. Papi era dueño de prácticamente la mitad de la ciudad y tenía comprada a casi la totalidad del cuerpo de policía, además de contar con un periódico y una cadena de restaurantes. Después de más de veinte años de monopolio delictual encubierto, alguien, atemorizado ante los rumores acerca de la intención de Papi de presentarse como candidato a las próximas elecciones locales, había por fin decidido mover la pieza necesaria para activar el engranaje legal que ahora traía a Guthrie a la ciudad.

Papi, por su parte, no se había dormido en los laureles, y si bien no sabía con certeza en qué puntos consistía tal investigación, había cuidado de guardarse las espaldas gracias a sus contactos y se le veía más nervioso de lo habitual, a pesar de la certeza de que los detectives andaban ocupados también con casos de contrabando, de jóvenes desaparecidas y de tráfico de sustancias ilícitas.

Durante los primeros meses, Guthrie sentía que se encontraba dando vueltas sin sentido alrededor de un punto que no lograba alcanzar. Sin embargo, en unos pocos días todo había cambiado y creía tener algo que relacionaba directamente a Papi con las recientes desapariciones: Sarah, secuestrada hacía 4 meses, Sophia, 3 meses y Ruth hacía mes y medio. Las tres, aparte de

ser mujeres y jóvenes, sólo contaban con un dato en común, la hache en sus nombres. Eso, pensaba el detective, no constituía hecho suficiente que pudiese sugerir alguna pauta en el comportamiento del secuestrador. La última víctima, Ruth, había llevado las pesquisas del detective hasta un campamento de gitanos en las afueras de la ciudad. La chica convivió con ellos durante los meses anteriores a su desaparición, gracias a la ayuda de una gitana con la que guardaba una estrecha amistad, evaporándose sin dejar rastro de la noche a la mañana. En principio, Guthrie pensó que se encontraba ante un crimen pasional, pues había recogido entre los habitantes del campamento algunas impresiones que revelaban que Ruth y el novio de la chica gitana mantenían una estrecha relación. Sin embargo, unos chicos aseguraron haber visto a la joven en el muelle en la madrugada del día de su desaparición, y cómo subía al Calidad que acostumbraban ver por la ciudad y en cuyas medidas solían recrearse mientras limpiaban su parabrisas ante algún semáforo en rojo.

La limusina pertenecía a Papi y estiraba cuellos y levantaba cabezas por dondequiera que pasaba. Rob Curnie era el nombre de su nuevo chófer, contratado en exclusiva para realizar los trabajos de noche. Es decir, llevarle por donde quisiese durante sus correrías nocturnas.

El Inspector Logan More había sido el encargado de la burocracia y del papeleo, realizando todos los trámites necesarios para que Roy Guthrie, celoso detective, se transformara en Rob Curnie, conductor de gordos mafiosos. Y ahora sólo tenía que mantener los ojos bien abiertos y esperar.

Eso era precisamente lo que Rob Curnie hacía en la noche de un domingo de septiembre frente a los almacenes de conservas Rephlex, propiedad de Papi. Había quedado con él a medianoche para un primer contacto, aunque Roy sabía gracias a la diligencia del Inspector Logan que el trabajo ya era suyo. Se trataba, simplemente, de caerle bien al gordo. El resto (lo de mantener los ojos bien abiertos) le costaba un poco más, ya que el trabajo de las últimas semanas le había impedido dormir lo necesario. Bajo las primeras nieves otoñales, apuraba un cigarrillo mientras se entretenía en combatir el sopor observando el humo ascender hasta la luz del farol.

El Calidad llegó con unos pocos minutos de retraso, como muestra típica de quién era el que mandaba, y se estacionó. Roy ni se inmutó. Sabía que tenía que permanecer calmado y esperar la invitación a subir. El cristal del copiloto se bajó con un leve murmullo, mostrando la cara de un joven de color, provisto de uniforme y gorra de chófer, que le sonrió y tendió la mano a través de la ventanilla.

-Rob Curnie, ¿verdad?- dijo el joven mientras le ofrecía la mano extendida- Yo soy Albert Cassidy, aunque puedes llamarme Al. Soy el conductor de la tarde.

Roy estrechó la mano ofrecida con firmeza y asintió.

-Sube a la parte trasera, Papi te espera.- Rió un momento y a continuación dijo. -Por una vez vas a ser tú quien esté atrás.

El interior de la limusina era lo suficientemente amplio como para que Papi pudiera moverse con libertad sin que el volumen de su cuerpo hiciera peligrar algún elemento decorativo, aunque Roy pensó que a juzgar por el tonelaje, su nuevo patrón se movía estrictamente lo necesario. Se encontraba sentado junto a un lateral del coche, en penumbra, iluminado únicamente por la luz rojiza que emanaba de un enorme puro que dotaba a su cara de cierto aspecto sobrenatural.

-¿Fumas?- le dijo una vez que Roy se hubo acomodado en el asiento alargado que bien podría hacer las veces de sofá.- ¿Cigarrillo o puro?

La mano regordeta de Papi le ofreció una cajita de madera repleta de tabaco en diversos formatos.

-Gracias,- dijo Roy mientras sacaba una pitillera plateada del bolsillo interior de su chaqueta- pero sólo fumo Pall Mall. Una manía.

-¡Ay, las manías! ¿Qué haríamos sin ellas? Son cosas así de pequeñas las que dan color a nuestras vidas, ¿no te parece? Una determinada marca de cigarrillos, el sabor a madera de un buen *bourbon*, una partida de cartas con los amigos o la sonrisa y la dulzura de una bella joven.

Roy asintió. Sabía que a Papi le importaba poco la respuesta que él pudiera darle y que probablemente apenas le tomaría en serio. Por cada una que el detective le diera, Papi tendría infinidad de comentarios con los que escucharse a sí mismo e inflar (un poco más) su ego. En cualquier caso, no se esperaba de un chofer que tuviera una mente ingeniosa, sino simplemente que supiera conducir sin negligencias y que fuese discreto con los asuntos de Papi. Y Roy no iba a darle motivos para que sospechase.

-¿Estás casado?- intentó de nuevo, como un toro que agacha la cabeza y coge fuerza para investir.

-No, aunque una vez lo estuve.- mintió Roy. Quería disminuir en lo posible el número de flancos por los que podía ser atacado.

-Eso no me parece tan bien- dijo Papi mientras daba una sonora chupada al puro.- A las mujeres nunca hay que abandonarlas. Hay que mimarlas porque nunca sabe uno cuando va a volver a necesitarlas, ya me entiendes: un hombre desesperado sólo es medio hombre, y más vale tener a una mujer a tu lado para pasar un mal bache aunque no la ames.

Roy prefirió encender su cigarrillo en ese momento y eludir una posible respuesta. Dejaría que el gordo desvariase hasta aburrirse, si eso era lo que quería. Él, por su parte, mostraría el interés calculado que se esperaba y después se marcharía con Papi en el bolsillo. La oscuridad y el aroma del humo le ponía nervioso.

-Bueno, me dijo Cortez que trabajaste para él durante los últimos tres años. Y no es que sienta simpatía por ese latino engreído, pero tengo que reconocer que se rodea de la gente adecuada.

Papi se sirvió una copa del mueble bar que tenía bajo su brazo. Esta vez no esperaba que Roy dijese nada al respecto, simplemente se estaba tomando su tiempo.

-Conducirás para mí de 12 a 6 de la mañana, aunque como comprenderás, no acostumbro salir todas las noches en semejante horario. Principalmente trabajarás los fines de semana y deberás estar preparado para hacerlo cualquier otro día de la semana. Yo te daré personalmente las instrucciones y tú te limitarás a obedecerlas. ¿De acuerdo?

Papi comenzaba a despojarse de su traje de gordo corrupto e infame y se mostraba como el bulldog fiero que era, marcando su territorio. Roy le aguantó la mirada.

-Bien,- prosiguió- para cualquier duda que tengas acerca de itinerarios o cuestiones similares, puedes preguntarle al viejo Al. Estará encantado de hacerlo: habla por los codos.

Roy no supo interpretar el último comentario, ¿había sido una indirecta al mutismo demostrado por él?, o se trataba de una mera delegación de funciones en el chofer. En cualquier caso, se alegró de que toda aquella farsa terminara. Se despidió, bajó del coche y respiró hondo mientras el Calidad se alejaba suavemente sobre la nieve.

Durante todo el mes siguiente, Roy trabajó para Papi en 18 ocasiones, lo que le daba un buen margen de tiempo para investigar por su cuenta. No había conseguido gran cosa: citas en un casino ilegal en el puerto, viajes fuera de la ciudad para asistir a reuniones de negocios y algunos escarceos con prostitutas. Sin embargo, en este punto, el detective encontró otro cabo de donde tirar, un despiste que resultaba sospechoso.

Ocurrió en la madrugada de un miércoles. La ciudad estaba desierta y a las 2 Roy fue llamado

**–Señor Cristo de Elqui
tiene usted alguna opinión
acerca del escabroso tema de las perversiones
sexuales?**

**–No tengo nada contra las perversiones sexuales
a condición de que no se exagere la nota
claro que yo propugno el amor platónico**

–Nos podría aclarar ese concepto?

**–El amor platónico llega hasta el beso en la frente
lo demás es trabajo del Demonio**

Nicanor Parra

Y ahora con ustedes... (fragmento)

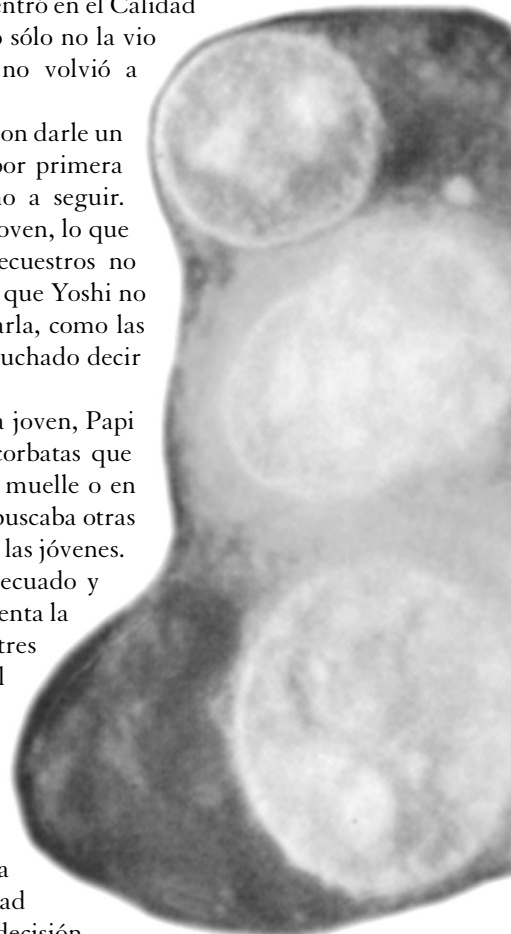
clandestino donde Yoshi solía pasarse días enteros colocada. Sin embargo, esta vez fue diferente. O al menos así le pareció al chofer de Papi. La joven entró en el Calidad pasadas las 3 de la mañana y Roy no volvió a saber de ella. No sólo no la vio salir del coche mientras duraba su turno, sino que Papi no volvió a buscar sus servicios.

Tras una conversación con Logan sobre lo ocurrido, decidieron darle un leve giro al enfoque de la investigación. Habían encontrado por primera vez un hecho relevante que les mostraba un posible camino a seguir. Conforme pasaban los días, nadie parecía acusar la falta de la joven, lo que hizo sospechar a Roy sobre la posible existencia de otros secuestros no denunciados o encubiertos. No era extraño, teniendo en cuenta que Yoshi no contaba con ningún familiar en la ciudad que pudiera extrañarla, como las otras desaparecidas. Una yonqui extranjera y puta, le había escuchado decir a Papi alguna vez.

Durante los dos meses que siguieron a la desaparición de la joven, Papi recogía y dejaba tantas prostitutas como si se tratara de las corbatas que vestía. Siempre seguía un esquema parecido: las recogía en el muelle o en algún barrio marginal, repetía con ellas hasta que se cansaba y buscaba otras nuevas. Sin embargo, nada fuera de lo normal parecía hacer con las jóvenes. Roy pensó que Papi quizás estaba esperando el momento adecuado y estaba cubriendo sus posibles huellas; sobre todo teniendo en cuenta la pequeña alarma social que no había podido acallar tras las tres primeras víctimas. Sin duda, estaba detrás de un negocio ilegal de tráfico de mujeres.

La desaparición de la quinta joven hizo que todo el departamento de policía diera la razón al buen olfato de Roy. Esta vez Papi no había tenido tanto cuidado, y había metido en su casa a una joven de 16 años, ahogando el dolor de su familia con billetes de 100. Fue una vecina la que informó a Roy que la chica no había vuelto a pisar el barrio desde que él paró el Calidad enfrente de su casa. El inspector Logan tuvo que tomar una decisión

por Papi para dar un paseo nocturno. Algo en la cena le había sentado mal y quería dar una vuelta por el barrio chino. El detective ya le había llevado por esa parte de la ciudad en otras ocasiones, donde Papi había contratado los servicios de una chica del barrio chino apodada Yoshi. Bajo neones repletos de caracteres orientales y el vapor emanado de la fritanga, Roy condujo la limusina esperando la señal de Papi. Recogió a la prostituta en la puerta de un restaurante chino que servía de tapadera a un fumadero de opio



importante para poner fin al cariz que estaba tomando la situación. Su nombre: Jean.

Pocos días después, en todos los círculos poco escrupulosos de la ciudad se hablaba de una chica blanca, nueva. Un par de capos menores con cierto sobrepeso en común, llenaban los oídos de Papi con las delicias ofrecidas por la joven, incluido Marcel, uno de sus pocos amigos de confianza y que durante años se había jactado de ser fiel a su mujer y de mantenerse al margen de correrías nocturnas. Un caramelo así no podía pasar desapercibido para Papi, si bien había que envolverlo en el papel adecuado. La agente Jean se convirtió en Polly, chica sureña que había abandonado la granja de sus padres para buscar futuro como estrella de las revistas en la ciudad. Y Papi picó el anzuelo.

Sin embargo, no todo el trabajo estaría en manos de la joven, ya que su actividad se limitaba a interpretar su papel adecuadamente, recayendo en Roy la responsabilidad de seguir llevando el resto de la investigación y la comunicación con Jean. Papi ya había acordado el precio de Polly con una suerte de chulo que garantizaba la confianza del gordo en el asunto. Y tal y como quedaron, la joven sería recogida a medianoche en el cruce entre la calle del parque y la avenida que llevaba a la antigua destilería "Four Roses".

Jean desempeñaba a la perfección su rol de granjera con el glamour concentrado en la entrepiera. Andares toscos, cejas pobladas y un acento tan cerrado que parecía extranjero. Subió al coche y Papi enseguida le invitó una copa para ir rompiendo el hielo y la escarcha que se formaba en los cristales. En un arrebato de fingida improvisación femenina (y en gran medida para asegurar que no se quedaba sola con semejante zampa-bollos), pidió que dieran una vuelta por la ciudad para contemplar las luces y el ambiente navideño que se respiraba. El fin de año estaba cerca y en su pueblo, aseguró, eran días aburridos, alejados de la fiesta de la gran ciudad.

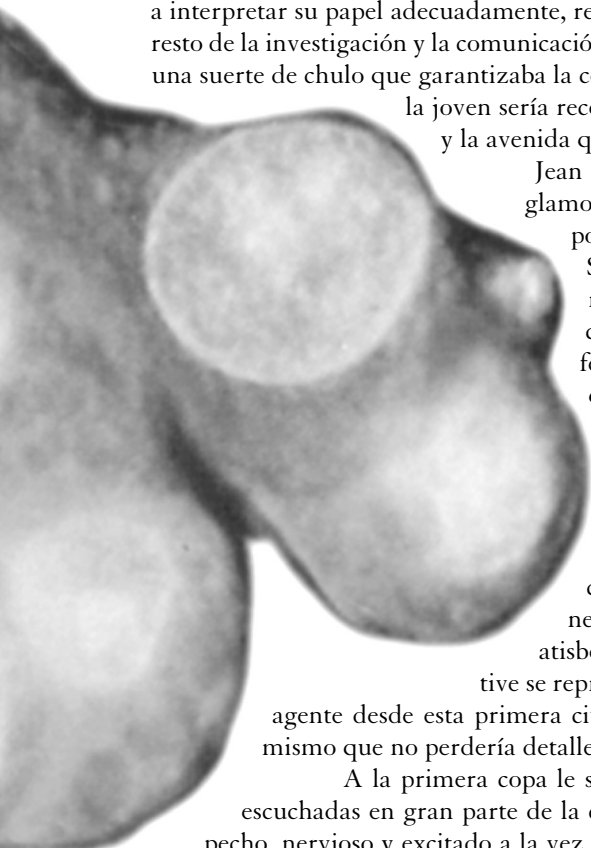
El cristal de seguridad que separaba al chofer de la cabina de lujo donde se hallaban Papi y Jean ponía nervioso a Roy e impedía que llegase hasta él cualquier atisbo de conversación que se produjera al otro lado. El detective se reprochaba duramente no haber pactado señal alguna con la agente desde esta primera cita, para el caso de que hubiera problemas. Se dijo a sí mismo que no perdería detalle y dado el momento, actuaría.

A la primera copa le siguieron otras. Las risas estridentes de Polly Jean eran escuchadas en gran parte de la ciudad. El corazón del detective latía fuertemente en el pecho, nervioso y excitado a la vez, con un ojo en la carretera y otro fijo en el vidrio opaco que se alzaba a su espalda, como si eso le ayudase a oír mejor lo que pasaba al otro lado. La agente

En un momento determinado, todos llegamos a abandonar, como ilusiones, cuantas esperanzas juveniles habíamos puesto en el prójimo; todos sufrimos la experiencia de comprobar cómo la maldad de éste nos amarga y dificulta la vida.

Sigmund Freud

El malestar en la cultura (fragmento)



estaba realmente creíble en su papel, y a cada ráfaga de sandeces disparadas por Papi ella respondía con una sonora carcajada. Empezó a sudar en cuanto dejó de oírla reírse.

Habían descorchado varias botellas de champán, y el ánimo había devenido en murmullo. La idea de intervenir estaba, conforme pasaba el tiempo, más presente en la cabeza de Roy que estudiaba en segundos todas y cada una de las posibles salidas: parar el coche, arriesgarse y perder su identidad como Rob, ir directo a la comisaría... No tenía nada concreto, pero esperaba que Jean hubiera tenido suerte, y además, sabía bien que en sólo cuestión de minutos las cosas podían ponerse realmente feas.

La respuesta, como en muchas otras ocasiones, le vino por sí sola. Una serie de gemidos y susurros como lamentos, provenientes de la parte posterior lo hizo ponerse en guardia. Una única imagen apareció en la cabeza de Roy: Polly Jean borracha o drogada por el efecto de la combinación con algún medicamento, era manoseada y violada por un Papi baboso y jadeante. Con un movimiento casi reflejo, sacó la pistola y estampó violentamente la culata en el cristal, que se deshizo estallando en pedazos.

En un primer momento, Roy pensó que la sangre en la cara de Papi era consecuencia de cortes producidos por la ruptura de cristales. Lo que vio después hizo que casi perdiera la cordura: distinguió nítidamente la figura inmensa del capo, vestido con traje de raya diplomática y sombrero, devorando con ansia lo que parecía el brazo de Jean, que se inclinaba hacia arriba en un ángulo imposible con su cuerpo inerte. La escena hizo que Roy volviera rápidamente la cabeza a la carretera, congelando la vista durante un instante en los ojos rojizos de Papi, reflejados en el espejo retrovisor, con una mirada perdida que le pareció que no pertenecía a este mundo.

Roy salió del coche sintiendo que el estómago luchaba por salir por la boca. La calle entera se le vino encima, como una avalancha de nieve, luces y personas, obligándolo a asirse al capó del coche para no caer. Se dobló sobre sí mismo, vomitó, y se dirigió decidido hasta la puerta trasera. Y como aquél que lucha contra un demonio de la infancia, imposible de vencer con arma alguna, Roy descargó todos sus cargadores sobre el cuerpo hinchado que luchaba por levantarse.